

Peter Handke

# Ensayo sobre el día logrado

Sueño de un día de invierno

Traducción de Eustaquio Barjau



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Versuch über den geglückten Tag.  
Ein Wintertagtraum*

Primera edición: 1994  
Segunda edición: 2019  
Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1991.

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Eustaquio Barjau 1994, 2019

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1994, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-514-3

Depósito legal: M. 9.679-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

Ὁ φρονῶν τὴν ἡμέραν κυρίῳ  
φρονεῖ

El que piensa el día piensa para el  
Señor

ROM 14,6

Día de invierno: sobre el caballo se  
hiela la sombra

BASHŌ



Un autorretrato del pintor William Hogarth, en Londres, un momento del siglo dieciocho, con una paleta; en ésta, dividiéndola aproximadamente por el centro, una línea ligeramente ondulada, la llamada «Line of Beauty and Grace». Y una piedra plana, redondeada, de la orilla del Lago de Constanza, sobre el escritorio; en el oscuro granito, a modo de diagonal, con una leve curvatura que, como jugando, se desvía de la recta justo en el momento preciso, una veta blanca de cal que separa y junta las dos mitades del canto rodado. Y en aquel viaje, en aquel tren de cercanías, por entre las colinas del Sena, al oeste de París, en aquella hora del comienzo de la tarde en la que, por regla general, el aire fresco y la luz fresca de algunas sa-

lidas mañaneras están agotados, en que ya nada es natural y en que, tal vez, lo único que ayuda a salir de la angustia del día es el anochecer, aquella repentina deriva de los raíles, en un amplio arco, extraño, asombroso, muy por encima de toda la ciudad, la cual, de un modo súbito, se desparrama libremente en la depresión por la que pasa el río, junto con los signos distintivos de ella, que allí, a la altura más o menos de St. Cloud y Suresnes, tan arrebatados hacia la lejanía como reales, se amontonan unos sobre otros: con qué curva imprevisible, saliendo de la angostura, el curso del día, en un segundo, la transición entre la inmovilidad de pestañas y el parpadeo, tomó una nueva dirección, y volvió la idea, ya casi descartada, del «día logrado», acompañada por el impulso, que da calor, de probarse además en una descripción o enumeración o narración de los elementos y problemas de un día así. La «línea de la belleza y del encanto», en la paleta de Hogarth, parece abrirse camino de un modo certero a través de las masas informes de color, parece grabada entre éstas y al mismo tiempo es como si proyectara una sombra.

¿Quién ha vivido ya un día logrado? Decirlo, de entrada lo dirán de sí mismos la mayoría. Y luego

será necesario seguir preguntando. ¿Quieres decir «logrado» o simplemente «bueno»? ¿Estás hablando de un día «logrado» o bien de un día –es verdad, es igualmente raro– «sin preocupaciones»? ¿Para ti un día logrado es sólo el que transcurrió sin problemas? ¿Ves alguna diferencia entre un día feliz y un día logrado? ¿Es distinto para ti, con ayuda del recuerdo, hablar de este o de aquel día logrado, que hablar, ahora mismo, sin que entretanto haya habido una transformación, por la noche del mismo día, de uno al que luego la palabra que se le puede aplicar no es «conseguido» o «superado» sino únicamente «logrado»? ¿Para ti entonces el día logrado es radicalmente distinto de un día sin molestias, un día de felicidad, un día lleno, un día activo, un día superado, un día glorificado por un largo pasado –una sola cosa es suficiente aquí, y un día entero se eleva a la gloria–, incluso un Día Grande, sea el que fuere, grande para la ciencia, para tu patria, para nuestro pueblo, para los pueblos de la tierra, para la humanidad? (Por cierto: mira –levanta la vista– la silueta del pájaro, allí arriba, en el árbol; para lo cual el verbo griego para «leer», en las cartas de Pablo, traducido literalmente, sería un «levantar la vista», exactamente un «darse-

cuenta-mirando-*hacia-arriba*», un «reconocer-*hacia arriba*», una palabra sin forma de imperativo especial, porque es ya una invitación insistente, un llamamiento; y a esto se añaden además aquellos colibrís de la jungla suramericana que, al abandonar el árbol que les protege, para engañar a los buitres simulan el balanceo de una hoja que cae...). Sí, para mí el día logrado no es como todos los demás; para mí *quiere decir* más. El día logrado es más. Es más que una «observación lograda», más que una «jugada de ajedrez lograda» (incluso más que una partida entera lograda), que «una primera ascensión lograda, en invierno», algo distinto de una «fuga lograda», una «operación lograda», una «relación lograda», una «cosa lograda», sea la que fuere; además es independiente de la pincelada lograda o de la frase lograda, y ni siquiera tiene nada que ver con aquel «poema logrado en una sola hora, ¡después de haber estado esperando una vida entera!». El día logrado no se puede comparar con nada. Es único en su especie.

¿Tendrá algo que ver con nuestra época, que es una época especial, el hecho de que el logro de un solo día pueda convertirse en tema (o proyecto)?

Piensa que antes lo que tenía vigencia era más bien la fe en el «momento» aprovechado oportunamente, un momento que, no obstante, podía valer por la «vida entera, una vida grande». ¿Fe? ¿Representación mental? ¿Idea? Como sea, antes –ya fuera guardando ovejas en las alturas del Pindus, deambulando al pie de la acrópolis de Atenas o levantando muros en las mesetas rocosas de la Arcadia– pasaba por ser, literalmente, algo así como un dios de un momento logrado, o de un átomo de tiempo como éste, pero un dios del cual, a diferencia de lo que ocurría normalmente con las divinidades griegas, no había imagen ni historia: el momento divino mismo generaba su imagen, siempre distinta, y al mismo tiempo, ahora, ahora y ahora, se contaba a sí mismo aquel «kairós», como una historia, y aquel dios del momento, en su tiempo, tenía más poder que todas las figuras divinas que, aparentemente, permanecían inmovibles a lo largo del tiempo, siempre presentes, siempre ahí, vigentes siempre. Pero al fin incluso a él le quitaron el poder –¿o no?, ¿quién sabe?–, a vuestro dios del «¡Ahora!» (y de los ojos que se encontraban de este modo, y del cielo que, sin forma todavía un momento antes, iba cobrando una figura, y de la piedra que, em-

palidecida, de repente jugaba así con sus colores, y, y); se lo quitó la fe que vino después –de hecho ahora ya no era ni una representación mental ni una idea sino una fe «causada por el amor»–, una fe en una nueva creación, como un cumplimiento de los momentos y de los tiempos, por la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, y con ello la fe en la llamada eternidad; una Buena Nueva de la cual sus mismos heraldos, decían, por una parte, que ya no estaba hecha a la medida de los hombres y, por otra, que a los que creyeran en ella, más allá de los meros momentos de la Filosofía, les serían logrados los eones, o justamente las eternidades de la religión. Luego, liberado tanto del dios del momento como del de la eternidad, aunque sin aquel afán por quitarles la fuerza a los dos, siguió el período de un tercer poder, de un poder meramente del aquí, declaradamente mundano, y éste –qué me importa, helenos, vuestro culto al kairós, vuestra felicidad celestial, cristianos y musulmanes– apostó por algo que estaba en medio de los dos, por el logro de cada una de mis cosas de aquí, por que se lograra el tiempo único de la vida. ¿Fe? ¿Sueño? ¿Visión? Antes que nada, en los orígenes de este período por lo menos, más bien una visión: la visión de los des-

hechizados de todo concepto de fe, fuera ésta la que fuere; una especie de rebelde sueño diurno. Como más allá de mí ya no hay nada pensable, voy a hacer de mi vida lo máximo que pueda. Y de este modo, el tiempo del tercer poder fue en palabra y obra un tiempo de superlativos, de trabajos de Hércules, de movimientos del mundo. «¿Fue?» ¿Quiere esto decir que su tiempo ha pasado? No, la idea de una vida entera lograda por medio de la actividad está, naturalmente, todavía en vigor y seguirá siendo fructífera siempre. Sólo que ahora parece que apenas queda nada que decir sobre esto; las epopeyas y las novelas de aventuras de los pioneros, que, de un modo decidido, tomaron en serio aquel sueño inicial de la hazaña de la vida, están ya contadas, y además constituyen el modelo de lo que podrían ser hoy las vidas que se logran —siempre una versión de la conocida fórmula: plantar un árbol, engendrar un hijo, escribir un libro—, y sobre esto, que se pueda contar, encontramos todo lo más pequeñas variantes, raras, o glosas, de un modo ocasional, de paso, por ejemplo la de un hombre joven, que acaba de cumplir treinta años, casado con una mujer a la cual estaba seguro de que iba a amar hasta el fin de sus días, profesor en una pequeña escuela, en

las afueras de la ciudad, para cuyo periódico mensual él escribía ocasionalmente consejos sobre teatro o cine, sin que tuviera ningún otro proyecto para un posible futuro (nada de un árbol, un libro, un niño), y que no ahora, por primera vez, al cumplir treinta años, sino ya en uno de sus anteriores cumpleaños, dijo de repente a sus conocidos, con un destello festivo en sus ojos, que estaba seguro de que para él su vida había sido una vida lograda (todavía más extraña, ciertamente, la frase en su original francés, «j'ai réussi ma vie»: «¿he pasado con éxito mi vida?», «¿dominado?»). ¿Estaba vigente todavía en este contemporáneo la visión epocal de la vida lograda? ¿O se había convertido otra vez en fe? Hace mucho tiempo que se oyó esta frase, pero, en el modo de ver de ahora, da igual lo que desde aquella ocasión haya podido ser de ese hombre, a la pregunta del visitante correspondería, como algo totalmente evidente, la repetición de aquellas palabras. Así pues, fe. ¿Qué clase de fe? ¿Qué puede haber sido de aquella joven «vida lograda»?

¿Quieres decir con esto que aquello a lo que tú llamas un día logrado, a diferencia de lo que ocurre con las vidas logradas, produce hoy en día

algo más que meras glosas o apostillas o parodias? ¿Se trata entonces de algo tan distinto del lema de la edad de oro de Roma, aquel «carpe diem» que ahora, después de dos mil años, igual podría servir como marca de un vino que como rótulo de una camiseta o como nombre de un club nocturno? (Una vez más, todo depende de cómo lo traduzcas: ¿«aprovecha el día», tal como lo entendió el siglo de las acciones? ¿«Cosecha el día», con lo cual éste se convierte en un momento único, grande, favorable?, ¿o bien «deja que el día dé su fruto», con lo cual, realmente, la vieja sentencia de Horacio se revela de pronto como algo cercano a mi problema-de-hoy?) Pero a ver, ¿qué es el día logrado?, porque hasta ahora lo único que has intentado hacer es poner en claro lo que no es. ¿Y dónde queda, en tus continuas digresiones, rodeos, complicaciones, en tu eterno vacilar, en tu estar interrumpiendo al más mínimo impulso que surja, en el eterno recomenzar, aquella línea de la belleza y del encanto que, como has indicado, designa el día logrado y que, como por el efecto de un conjuro, iba a guiar también el ensayo sobre él? ¿Cuándo, en lugar del indeciso zigzag, fuera, en las zonas periféricas, en lugar del tembloroso trazar fronteras junto a una cosa que,

cuanto más hagas esto, tanto más dará la impresión de ser algo vacío, empezarás al fin, frase por frase, con este corte tan leve-como-nítido a través de la confusión, in medias res, para que tu dudoso «día logrado» pueda empezar a iluminarse en la generalidad de una forma? ¿Cómo te imaginas un día así? Esbózame una primera imagen, descríbeme imágenes de él. Cuenta el día logrado. Haz sentir la danza del día logrado. Cántame la canción del día logrado.

De hecho hay una canción que podría llamarse así. La canta Van Morrison, «mi cantante» (o uno de ellos), y en realidad no se llama así, el nombre lo toma de un pequeño pueblo americano, sin ningún interés, por otra parte, y cuenta, sí, imágenes de un viaje en coche un domingo –un día en el que lograr el día parece aún más difícil que en cualquiera de los otros–, en compañía de alguien, probablemente una mujer, en primera persona del plural (una forma en la que lograr el día es un acontecimiento aún mayor que estando solo): pescar en las montañas, continuar el viaje, comprar el periódico del domingo, continuar el viaje, tomar algo, continuar el viaje, el brillo de tu cabello, la llegada al anochecer, y el

último verso más o menos así: «¿Por qué no pueden ser todos los días como éste?». Es una canción muy breve, tal vez la balada más breve que haya habido nunca; dura exactamente un minuto, y el que canta es ya casi un hombre entrado en años, al que le quedan sólo unos pocos mechones de cabello, y de aquel día se cuenta más hablando que cantando; se diría que allí no hay canto, ni sonido, ni notas, un murmullo, de pasada, por decirlo así, que sin embargo sale de un pecho poderosamente henchido, un murmullo que en el momento de la máxima amplitud se interrumpe de repente.

Y tal vez la línea de la belleza y el encanto –¿pero no habría que traducir «grace» también de otra manera?– hoy en día apenas puede adoptar ya la curva suavemente ondulada del siglo dieciocho de Hogarth, un siglo que, por lo menos en la Inglaterra rica, autónoma, se entendía como una época de plenitud completamente terrena. ¿Acaso no es propio de nosotros el hecho de que una figura como ésta se interrumpa constantemente, acabe en un tartamudeo, un balbuceo, un enmudecimiento y caiga en el silencio, que empiece de nuevo, tome vías laterales, pero que al fin, aun así,

como ha ocurrido siempre, apunte a una unidad y a algo completo? ¿Lo mismo que ahora, a finales del siglo veinte, va más con nosotros el hecho de que lo que esté en vigor sean más bien las ideas del día logrado, de un solo día, que la idea de una forma u otra de eternidad o de toda una vida lograda, aunque no sólo en el sentido del «Ahora es ahora» ni tampoco del «simplemente vivir al día, sin preocuparse de mañana», sino también en la esperanza –no, el anhelo, no, el estado de necesidad– de que, con la investigación de los elementos de un lapso determinado, se presienta un modelo de un lapso más grande, todavía más grande, del más grande posible?; porque mi ir viviendo, después que se han esfumado todas las ideas de tiempo anteriores, día por día, sin leyes (aunque sólo fuera en relación con el tipo de vida que se puede *admitir*), sin contexto (contigo, con este transeúnte), sin la más mínima seguridad (de que el momento de alegría de hoy se vaya a repetir mañana, o alguna vez), este modo de vivir, soportable en la juventud y a veces incluso acompañado (¿guiado?) por la despreocupación, se transforma ahora de repente, cada vez con mayor frecuencia, en apremiante necesidad, y con los años además en indignación. Y como ésta, a diferencia de lo que ocurría